

"Doce cuentos y uno más"

de Lauro Olmo

El título no llama a engaño, y la obra, galardonada con el Premio «Leopoldo Alas» en fecha reciente, no es ni nada más ni nada menos que doce cuentos y el postre. Y digo el postre, porque el último, deslabazado aparentemente de los demás, acusa un sabor distinto, dulce o agraz, —no importa—, como diferente es también la vasija en la que nos es ofrecido. Si los doce primeros me sugieron la palabra artesa, — donde se amasa el pan de cada día —, el último, que bien pudo ir en primer lugar, se me antojó servido en copa de cristal fino. Doce cuentos, andanzas de una pandilla de pilletes, golfos de bien; y uno más, el cuento de una posible madre de todos los pilletes del mundo, madre ausente en las doce historias anteriores. En verdad, pudo el último ser el primero.

Si la obra relata hechos y cosas de niños, si recrea de una manera prodigiosa el mundo olvidado de una infancia perdida, no es sin embargo un libro para niños. No podrían ellos entender el propósito de su autor; el justificar su propio camino, la condición de ser niños. Y sus palabras, sus juegos sus procacidades ingenuas... Es probable que un niño se avergonzase leyendo estas historias. Pero el autor se dirigió a los hombres, para borrar precisamente la vergüenza del recuerdo, para salvar de olvidados aquellos años lejanos; recuerdo que precisamos vivo, si nos preciamos de humanos, si amamos y queremos apresar lo que significa vida. Vida. Perfil que se perfila. Andar. Camino.

A mi modo de ver, la obra es rabiosamente masculina. Defecto que roba al libro la cualidad de absoluto que pudo tener, de verdad amplia y auténtica. Los golfi-

En torno al autor de "Las Ruinas de mi Convento"

Mi claustro, y «Suor Adela e il suo monastero», según una nota crítica de 1893.

A principios de 1893 se publicó en Florencia un libro titulado: «Suor Adela e il suo monastero», traducción italiana de «Mi Claustro», segunda parte de la celebrada «Las Ruinas de mi Convento».

Ello no tendría nada de particular, si no fuera por las declaraciones que el traductor, el P. Marcellino di Civezza, de los Menores Observantes, hace en dicha edición en torno al autor de los dos libros citados, que, según él, no fué otro que el franciscano barcelonés P. Ramón Baldú.

llos de Lauro Olmo quedan deshumanizados por un exceso de masculinidad. ¿Donde la herencia y presencia viva o latente de una madre? Horros de cielo y ternura, sin la asombrosa facultad de maravillarse que todo niño posee, asemejan una legión de huérfanos, brincando en el yermo de obtusas travesuras. Busqué, sin hallarlos, un par de cuentos que me diesen de verdad el alma de un niño.

Diablillos. Sólo diablillos. Magníficos diablillos. Un aspecto de los niños, una parcela de su mundo. Agro incompleto. Quizá no se propusiera más el autor. En este caso, el libro es perfecto. Aceptada la cota, las trece historias, son un alarde de psicología y acierto. Enzo, Sabañón, Tinajilla... golfos siempre viven y crean su mundo, hablan y piensan como todo niño que juega a ser malo, camino de ser hombre y en el orgullo de su dureza, conducidos magistralmente por el indiscutible y particularísimo estilo literario del autor. Prologa la obra Enrique Badosa. En el prólogo, además de un testimonio y tributo a Lauro Olmo, leímos una acertada y exhaustiva definición del género llamado cuento. Definición que supone una propuesta de ascenso en el escalofón literario, para los cuentos y los cuentistas. Desde luego, tan difícilmente fácil es el lograr un buen cuento como una buena novela. Y, equivocados ambos, por breve, mejor se gana la abstracción el cuento que la novela. Y, en última instancia, quizá es absurdo un orden jerárquico impuesto por los géneros. La única verdad está en la pluma. Y, fuera de ella, las preferencias de cada uno.

I. d' Andraitx.

Al aparecer la obra, no se conocía, parece, el verdadero autor de «Las Ruinas de mi Convento», y se rumoreaba que era un religioso: más aún, decía que pertenecía a los frailes menores. Loning, y otros críticos y autorizados autores, así lo afirmaban. (Cúmplesnos insistir una vez más que, por aquellas fechas, el libro a que nos referimos gozaba de una gran fama y difusión en toda España, era un auténtico «bestseller».

El R. P. Marcellino di Civezza refiere que en 1877, estaba reunido en Barcelona con el P. Ramón Buldú, y, habiéndole preguntado sobre quién era el verdadero autor de «Las Ruinas de mi Convento», y de «Mi Claustro», el R. P. Baldú le reveló, bajo promesa de no hacer pública la confesión antes de su muerte, que el verdadero autor de dichos libros era él mismo, en persona.

El P. Marcellino di Civezza, declara ser esto cierto, que no solamente prometió al autor no revelar su identidad hasta después de muerto, sino que dicha promesa la formalizó ante el Censor de la edición española en 1877, Ilmo. Dr. D. Joaquín Lluch y Garriga, obispo de Barcelona, que murió más tarde, como Cardenal Arzobispo de Sevilla. Ello prueba que el traductor italiano, quiso cerciorarse de la verdadera identidad del autor, y recurrió a quién podía sacarle de dudas, aún en el caso de que hubiera dudado de la declaración del P. Buldú.

No es hora de entablar una polémica respecto a la paternidad del autor de la obra, porque supongo que a estas alturas no quedará duda de quién escribió tan celebrado libro: pero me ha parecido oportuno referir en ANCORA, este episodio algo crítico, que indica hasta qué punto apareció confusa en los tiempos de su publicación, la verdadera identidad del autor; basta añadir que se promovieron enconadas discusiones acerca de si lo referido en las obras era pura fábula o correspondía a una historia verdadera: pero el P. M. di Civezza asegura al final de su traducción que se trata de una verídica historia, y que el protagonista de la obra es el propio autor, el P. Buldú.

He aquí aún dentro del estricto margen anecdótico, un buen tema para un investigador guixolense.

J. V. A.

San Martí de Maldá